

JOSE LUIS ABELLAN EN LA TRADICION HISTORIOGRAFICA DE LA FILOSOFIA ESPAÑOLA

La *Historia de la Filosofía Española* como rama independiente de la investigación cuenta ya muchos años de existencia. Sin remontarnos a los clásicos catálogos nominales, cronicones apologeticos y colecciones más o menos completas y fidedignas de los siglos XVI, XVII y XVIII, es en la segunda mitad de este último siglo y sobre todo en el XIX, cuando comienza a sentirse verdaderamente la necesidad de reconstruir nuestro pasado filosófico; y no como quiera, sino según los nuevos ideales de la ciencia histórica: eurística bien fundada, hermenéutica crítica y objetividad. Una picante anécdota transpirenaica: la impertinente, pero revulsiva frase de Masson de Morvilliers en la *Enciclopedia metódica* (París 1782), «¿Qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, seis. Qué ha hecho por Europa?»; un ambiente socio-cultural proclive a resaltar los orígenes nacionales: el Romanticismo; un programa político reformista, ávido de clarificar el sinuoso curso de la tradición peninsular: el Liberalismo... He aquí en síntesis tres de los factores que estimularon nuestro regreso al pasado y que impulsaron los proyectos de investigación histórica habidos entre nosotros a caballo de los siglos XVIII y XIX.

Los campos preferentes de cultivo historiográfico fueron la Literatura, el Derecho y la Filosofía. En los comienzos sobre todo los dos primeros, donde muy pronto se lograron frutos maduros y ejemplares. Sin embargo, la recuperación histórica de nuestra filosofía fue más lenta, sombría y problemática. Laverde, Martín Mateos, Cuevas, Vidart, Canalejas, Menéndez Pelayo..., figuran como hitos importantes y beneméritos en la larga y difícil carrera fundacional de nuestra historiografía filosófica contemporánea. Sin embargo, ni por la forma ni por el contenido logró producir este grupo obras modélicas, semejantes a las que dio a luz Martínez Marina en el campo del Derecho, o Amador de los Ríos en el de la Literatura. El fenómeno cultural y publicitario conocido con el nombre de «polémica de la ciencia española», que atraviesa prácticamente todo el siglo XIX, malogró esfuerzos y esperanzas, polarizando a unos hacia la *apología* facilona e injustamente selectiva de lo nacional, y a otros hacia el *extranjerismo* simplista y papanatas. Y fueron sobre todo los filósofos y críticos de profesión quienes cayeron en la «trampa» con una facilidad que asombra hoy, gastando demasiada energía en una lucha estéril y —casi diría— sin sentido. Sin duda alguna, la forma más explícita y segura de demostrar el patriotismo habría sido, como alguien dijo, el haber escrito uno de los infinitos libros que nos faltaban.